

Primero guerra, luego revolución. Halperin Donghi y el proceso de militarización del Río de la Plata

Alejandro M. Rabinovich*

Iniciando ya la semana de Mayo, los participantes de esta mesa queríamos aprovechar la oportunidad para reflexionar y conversar acerca de una obra historiográfica que marcó, tal vez como ninguna otra, la manera en que los historiadores entendemos el proceso revolucionario rioplatense iniciado en 1810. *Revolución y Guerra*, de Tulio Halperin Donghi, es efectivamente uno de los raros libros de inicios de la década del '70 que mantiene hoy plena vigencia, no tanto por las certezas que brinda, sino por la multitud de interrogantes que deja planteados y por las muy fructíferas intuiciones del autor respecto de cómo solucionarlos. Estas intuiciones, que Halperin muchas veces vierte como al pasar en apenas un par de líneas, motivan hasta el día de hoy sesudas investigaciones que requieren semanas o meses de trabajo de archivo para poder confirmarlas o rechazarlas. En todo caso, es evidente que siguen teniendo un efecto dinamizador del campo historiográfico y que han inspirado buena parte de los desarrollos más recientes.

Sin embargo, *Revolución y Guerra* es un libro de su tiempo y tampoco sería prudente olvidar su contexto de producción. En este sentido, leído desde la actualidad, no deja de ser sugestiva la forma en que Halperin se posiciona históricamente desde el prólogo mismo de la obra. Este se inicia no con una mención a los referentes de la nueva escuela histórica, sino con una contraposición directa con los padres fundadores de la historiografía liberal argentina: Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Básicamente, Halperin los acusa a ambos, aunque con matices diferentes, de haber interpretado los sucesos revolucionarios rioplatenses a partir de la idea de un destino nacional manifiesto y glorioso para la Argentina, su territorio y su pueblo. Con la perspectiva que le da el siglo ya transcurrido desde el momento en que Mitre y López escribían, Halperin se confiesa poco impresionado por los resultados finales de ese proyecto nacional, y en todo caso muy escéptico de los logros reales de la gesta independentista. *Revolución y Guerra* es entonces un libro escrito desde un presente “que la mayor parte de los estudiosos de hoy –aunque por razones a menudo opuestas– coinciden en hallar insoportable” (Halperin Donghi 1994: 10).

En efecto, Halperin mantuvo a lo largo de su trayectoria una visión que podríamos

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Instituto de Estudios Socio Históricos,
Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa
Correo electrónico: alejandrorabinovich@gmail.com

llamar pesimista respecto del destino de la República Argentina y muy negativa respecto de su historia. Escribiendo desde los Estados Unidos, la suerte de su país de origen le pareció siempre (hasta sus últimos días) la de una nación envuelta "en una despiadada guerra contra sí misma" (Halperin Donghi 2014:113). De ese diagnóstico general se desprende, a modo de motivación primera, una pregunta que encontramos subyacente en la mayor parte de su dilatada obra de investigación: ¿cuáles son, en definitiva, las causas del fracaso argentino cuando ni las condiciones humanas ni las geográficas hacían previsible o inevitable tal desenlace?

Una somera revisión de su obra brinda un primer culpable evidente de este destino trágico: una clase política que, dotada de una independencia considerable respecto de las elites económicas y sociales del país, y apoyada en un aparato estatal que es desde sus comienzos demasiado poderoso, no va a dudar en movilizar a los sectores populares cada vez que necesita resolver sus disputas facciosas internas o disciplinar a las demás fracciones de la elite. Desde ya, a lo largo de la muy rica historia nacional esta clase política iría adquiriendo modalidades diferentes, pero he aquí, sin dudas, la lectura de un intelectual que desde mediados del siglo XX escribe profundamente preocupado por el rol político del peronismo dentro del sistema de partidos argentino y, más generalmente, por el populismo como modo de acceso y ejercicio del poder. En este sentido, para Halperin estudiar la Revolución de Mayo es estudiar el punto de partida de esta clase política que va a transformarse en el principal problema del país, por eso su objetivo en *Revolución y Guerra* es "seguir las vicisitudes de una élite política creada, destruida y vuelta a crear por la guerra y la revolución" (1994:10).

En esta búsqueda de los orígenes de la vida política argentina, Halperin va a realizar dos innovaciones historiográficas de muy largo alcance e influencia. Una de ellas tiene que ver con la extensa primera parte del libro en la que sopesa, región por región, los cambios producidos en la economía rioplatense durante el tramo final del período colonial, para concluir que esos cambios productivos y comerciales (primer despegue de la producción pecuaria en el litoral, decadencia relativa de la minería altoperuana, orientación atlántica de los flujos económicos, apertura progresiva del comercio internacional) no tuvieron, en lo inmediato, un correlato social de igual peso. Semejante introducción parecería injustificada en un libro de estas características, si no fuera porque está destinada a desarraigar una de las interpretaciones más persistentes de la Revolución de Mayo, según la cual ésta sería el primer acto político de una elite socio-económica, reciente pero pre-existente, que estaba destinada a dirigir el país. Halperin muestra, entonces, que para 1810 no existía un sector criollo que por su orientación comercial, terrateniente y ganadera tuviese interés en la ruptura del vínculo colonial vigente. De hecho, todos los sectores sociales importantes parecen en ese momento tener más para perder que para ganar con la caída del régimen colonial.

¿Quiénes realizaron, entonces, la revolución? Halperin brinda una respuesta que habría de hacer escuela: "La revolución comienza por ser la aventura estrictamente personal de algunos porteños" (1994:168). Ahora bien, si esos "porteños" que dan por tierra con el gobierno virreinal no eran en 1810 ni pobres ni ignotos, tampoco eran los referentes de un nuevo sector económico-social ascendente que se diferenciase estructuralmente del resto de la elite. Entre ellos había abogados, comerciantes, funcionarios de segunda línea y, sobre todo, jefes de milicias. Ante la crisis del poder central, este grupo heterogéneo vio la oportunidad de hacerse con el aparato administrativo colonial y la aprovechó. Encararon entonces lo que Halperin llamaría la "carrera de la revolución", que no es otra cosa que el primer modo de funcionamiento de la incipiente clase política argentina. La apertura de esta carrera constituyó una novedad, y una novedad específicamente política, por la con-

junción en ella de dos elementos constitutivos y necesarios: la militarización de la sociedad y la posibilidad, a partir de la milicia, de encuadrar y movilizar políticamente al bajo pueblo.

Es aquí que Halperin Donghi realiza su segunda innovación importante en la manera de interpretar el proceso revolucionario. Según la visión plasmada en *Revolución y Guerra* (y anticipada en el artículo "*Revolutionary militarization in Buenos Aires*" de 1968), el proceso de militarización de la población rioplatense —y más específicamente de la ciudad de Buenos Aires— precede a la revolución misma y constituye, de hecho, su condición de posibilidad. Según esta interpretación, el grupo que finalmente llevó a cabo la revolución en mayo de 1810 jamás hubiera osado levantarse contra el gobierno de Cisneros si hubiera tenido que contar solamente con su capital político, económico y social, puesto que sus rivales peninsulares en Buenos Aires eran mucho más fuertes en cada uno de esos rubros. Lo que volcó la relación de fuerzas a favor de los revolucionarios y constituyó, por ende, el factor decisivo, fue el apoyo de los poderosos regimientos de milicias creados en la ciudad.

Es por esto que para Halperin los sucesos de mayo no son más que el resultado final e inexorable de una secuencia más amplia en la que ya se había resuelto realmente la disputa por el poder. Esta secuencia estaría constituida por una sucesión de tres momentos fuertes, de los que la revolución no sería más que el desenlace inevitable: las invasiones inglesas de 1806 y 1807, las abdicaciones de Bayona en 1808 y el motín de Álzaga en enero de 1809. En el primero de estos, ante el ataque británico las autoridades militares coloniales fueron decapitadas y el pueblo de Buenos Aires se organizó en masivas milicias de una fuerza nunca antes vista en la región. Estas milicias voluntarias encuadraron en su seno a la totalidad de la población masculina, libre y adulta de la capital (unos 8.000 hombres), pero su innovación más importante residió en su forma de organización: en vez de obedecer a la ordenanza colonial, se formaron según el origen geográfico de sus miembros (los hijos de Buenos Aires en los Patricios, los del Interior en Arribeños y los peninsulares en sendos cuerpos de Gallegos, Andaluces, Vizcaínos, etc.) y sus cuadros de oficiales se llenaron por votación popular de la tropa.

Semejante fuerza militar, capaz de rechazar en 1807 a una excelente división británica de 10.000 hombres, constituía sin dudas un factor de poder muy considerable en la todavía pequeña Buenos Aires. Sin embargo, el peso simbólico de la figura regia y la lealtad que sentían sus miembros hacia la Corona bloquearon todo connato independentista hasta que quedó claro que el *imperium* monárquico había sido roto. De aquí deriva la importancia del segundo momento señalado por Halperin: la posibilidad de usar la fuerza militar en pos de una salida autonómica no fue realmente considerada hasta que se supo que el gobierno metropolitano había sido completamente derrotado por las tropas de Napoleón y que la salida representada por la Junta de Sevilla adolecía de un tremendo déficit de legitimidad. Pero incluso en estas circunstancias, los criollos distaban de ser el grupo más fuerte en el equilibrio de fuerzas local.

Los peninsulares agrupados en el Cabildo, líderes en el comercio ultramarino y jefes de la mitad de las milicias, tenían mejores chances que éstos de hacerse con el poder. Es lo que intentaron, en efecto, en 1809, cuando se levantaron en armas exigiendo la dimisión del Virrey Liniers. Si en este tercer momento de la secuencia halperiniana el grupo de Álzaga se hubiera impuesto, la historia de nuestro país hubiera sido probablemente muy distinta, puesto que los revolucionarios hubieran sido los peninsulares residentes en Buenos Aires, con resultados imposibles de calcular. Pero cuando la jornada parecía decidida, los jefes criollos de los Patricios decidieron sostener a Liniers y se enfrentaron con los amotinados, derrotándolos en toda la línea. El resultado trascendental consistió en que los cuerpos de

milicias peninsulares fueron disueltos y en que los líderes de la revuelta quedaron encarcelados. A partir de aquí, entonces, cuando todavía faltaba más de un año para el estallido de la revolución, las relaciones de fuerza ya favorecían claramente al grupo de los futuros revolucionarios criollos. Dueños de la única fuerza militar de consideración, bastaba con que tomaran la decisión para que el poder virreinal se desmoronase. En este sentido, la crónica que Halperin realiza de las jornadas del 23, 24 y 25 de mayo es muy sugerente: en el cabildo los revolucionarios pierden de hecho todas las discusiones doctrinarias, pero las mismas guardaban ya poca relevancia. Cuando los comandantes de Patricios decidieron finalmente hacerse con el poder, no tuvieron que convencer a nadie: bastó con que retirasen su apoyo al Virrey y lo amenazaran con el uso de la fuerza.

El grupo dirigente que surge entonces es un grupo político, pero con una fuerte impronta militar. Salvo los muy pocos de entre ellos que lograron mantener un perfil netamente civil, incluso los antiguos civiles del grupo tuvieron que “militarizarse”, haciendo valer ante todo un dudoso saber militar (Halperin traerá a cuento el caso de Feliciano Chiclana, prestigioso jurista que es sin embargo celebrado por su “temible espada”) o dirigiendo en persona a unos ejércitos que conocían muy mal (es el caso de José Castelli en el Alto Perú y de Manuel Belgrano en el Paraguay). De todos modos, los que predominaron desde el inicio fueron los jefes militares puros como Cornelio Saavedra. Es que la revolución fue, desde el momento de su nacimiento, una empresa militar. El 25 de mayo mismo, en el documento en que el pueblo exigía la constitución de la nueva Junta con predominio criollo, se aclara que la primera medida del gobierno será aprontar una expedición militar de 500 hombres para marchar al interior y asegurar la sumisión de los demás pueblos. Esta expedición fue nada menos que el inicio del Ejército Auxiliar del Perú, que haría la guerra hasta la disolución del poder central en 1820. La revolución y la guerra nacieron entonces juntas en una sociedad que estaba militarizada de antemano. Lo que surgió en el cabildo del 25 no es un conflicto político, es una guerra revolucionaria.

Con esta marca de origen, los militares patriotas se transformaron rápidamente en el primer estamento del nuevo Estado. Porque en tiempos de una guerra de independencia donde todo estaba en juego, su saber técnico era indispensable y su prestigio era muy superior al de los demás funcionarios civiles. Pero también, como muestra cabalmente Halperin, porque los jefes militares eran quienes estaban mejor posicionados para movilizar a los sectores populares en la arena política. El “pueblo” estaba en los cuarteles: tras las primeras levas, prácticamente todos los americanos patriotas pasaron a servir como soldados o como milicianos. En este contexto, la capacidad de convocar a la tropa para dirimir las luchas políticas internas se mostraría rápidamente como decisiva. Los motines, las revoluciones y lo que hoy llamaríamos golpes de Estado pasaron a formar parte del repertorio cotidiano de la vida política facciosa del período. Nadie estaba mejor preparado para estos lances que los altos oficiales militares.

Con esta constatación, Halperin concluye un perfil inquietante de la primera aparición de la clase política argentina. Se trata de un grupo reducido, militarizado y autoritario que hizo de la violencia y de la capacidad de movilización popular su carta de triunfo, con consecuencias de largo plazo para la cultura política local. Veinte años después de la aparición de *Revolución y Guerra*, escribiendo ya en democracia, un Halperin más desencantado que nunca volvía sobre el viejo tema de los sucesos de mayo para caracterizarlos en los siguientes términos:

La revolución de 1810 vino a consolidar rápidamente un nuevo grupo dirigente político-militar, reclutado en la filas de la élite criolla, que a la vez que buscó hacer

del despotismo administrativo heredado del antiguo régimen la base de su dictadura revolucionaria, al imponer a los regimientos voluntarios la disciplina de los regulares vino a concentrar su influjo político en manos de su cuerpo de oficiales (Halperin Donghi 1992).

Halperin no guardaba ya ninguna ilusión respecto de las bondades de la revolución. Según él, para 1815 "el régimen revolucionario ya no era sino una dictadura administrativa y militar ejercida por una muy reducida oligarquía" (1992). El antagonismo para con los padres fundadores de la historiografía argentina no podía ser ya más completo. Pasando de la épica a la tragedia, la lucha gloriosa por la libertad se había transformado en una dictadura militar autoritaria.

Pero Halperin Donghi no clausura una tradición historiográfica. Marca, simplemente, un momento particular de la misma, un momento que como todos es hijo de su tiempo y de las contradicciones que los argentinos contemporáneos vivían como propias. En este sentido, está claro que el desafío actual es superar a Halperin como él superó a sus predecesores, porque a quienes crecimos y nos formamos en democracia Halperin ya no nos resulta contemporáneo y a él le sucedía otro tanto. La última frase que publicó en vida lo dice claramente: "debemos vivir en un mundo que ha cesado de sernos comprensible" (Halperin Donghi 2014: 113). ¿No es posible, hoy, repensar la historia argentina sin apelar ni a un grandioso destino manifiesto ni a un sino trágico ineluctable? ¿No se puede escribir la historia de un país normal, cuyo futuro no es el de una gran potencia, pero cuyo presente tampoco es necesariamente "insoportable"? Como a toda generación, nos toca la tarea de reapropiarnos la historia según nuestra propia visión, según nuestra perspectiva. La revolución de mayo también es el origen de este presente. Es cuestión de reescribirla para que nos lo cuente.

BIBLIOGRAFÍA

- Halperin Donghi, Tulio (1994). *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1968). “Revolutionary militarization in Buenos Aires 1806-1815”. *Past and Present*, 40, 84-107.
- (1992). “Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires”. *Cuadernos de historia regional de la Universidad Nacional de Luján*, 15, 11-45.
- (2014). *El enigma Belgrano. Un héroe para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Siglo XXI.